

Manuel Ruiz Figueroa, *La religión islámica: una introducción*, México, El Colegio de México, 2002, 157 pp.

Este libro no pretende más de lo que anuncia: una introducción. Es decir, el trazo preliminar de las características y evolución de una de las culturas religiosas más ampliamente difundida. Ya no se limita a gravitar en países de Asia y África, aunque ellos cobijan a la mayoría de sus adherentes. Influye poderosamente en los valores y en los intereses del Occidente europeo y norteamericano a través de una presencia demográfica que crece con celeridad. Casi 15 millones de creyentes en Europa, algo más de cuatro millones en Estados Unidos y casi dos millones en América Latina. Presencia demográfica y cultural que complica, al tiempo que pone en entredicho, el celebrado “choque de civilizaciones” que anticipa y legitima conflictos de alcance planetario.

Obra indispensable en castellano pues el público latinoamericano suele profesar ideas superficiales, cuando no torcidas, en torno al islam. Más aún, apenas conoce —omisión que Ruiz no alcanza a remediar— las controversiales posturas de Edward Said en torno al “orientalismo” y los sesgos que analistas occidentales implantaron en el estudio de esta religión. Fenómeno similar a las perspectivas parciales que “latinoamericanistas” y “mexicanistas” de Estados Unidos y Europa introdujeron en la indagación de la fisonomía latinoamericana.

La actitud de Ruiz Figueroa es felizmente didáctica. Paso a paso explica los inicios del islam como reacción creativa, tanto a las creencias politeístas que lo precedieron (la *yahilia*, vi-tuperada entonces por Muhammad y hoy por los Hermanos

Musulmanes que la consideran equivalente a Occidente) como a los mandamientos de la fe judía y cristiana.

Muhammad no niega sus antecedentes proféticos y dogmáticos. Los adopta selectiva y sincréticamente. Y en un momento de confrontación, los “arabiza”. Así, imperativos y costumbres —incluso la escatología y la teodicea— de judíos y cristianos son reconocibles en el islam, pero el Profeta les imprime un carácter singular. Es el último y por lo tanto el más perfecto representante de la revelación divina. Eslabonamiento metafísico que explica tanto la tolerancia de los musulmanes a la “Gente del Libro” (*ahl al Kitab*) como la implacable postura respecto de los pueblos que ignoran al Dios único y que pueblan todavía territorios no conquistados (*dar a-Harb*).

Las luchas religiosas y militares de Muhammad contra los ricos de Meca son reseñadas prolijamente por el autor. Éstos no dan fe de la primera revelación al Profeta (descrita en la sura 96) pues estaban habituados a las alucinaciones de múltiples personajes acalorados acaso (si creemos a Renán) por el sol y la soledad del desierto. Pero la visión de Muhammad se mostró más articulada y convincente. A los 40 años inicia su prédica, y en menos de una década reúne un formidable grupo de partidarios merced a su liderazgo carismático que ejerce con entusiasmo y astucia. Cuando murió, el 8 de junio de 632 d. C. (año 10 de la *hégira*), la conquista de Arabia y la consolidación del islam se constituyeron en hechos incontrovertibles, que habrán de difundirse geográfica y culturalmente a través del dominio militar y de una articulada teología.

El autor pasa inteligente revista a las facetas de esta emergente religión: el Corán como texto básico a pesar de su deshilvanamiento temático; las primeras discusiones sobre la índole de la *umma* o de la comunidad de creyentes; las discrepancias teológicas en torno al origen del mal, la finitud del infierno, la resurrección de los muertos, los alcances de la guerra

santa (*yihad*), y, en fin, la aparición del sufismo y del chiismo y sus prolongaciones en los tiempos que corren. Examen excelente y equilibrado que será provechoso para cualquier estudio inicial del islam.

Hay que indicar, sin embargo, dos ausencias que tal vez el autor podrá enmendar en el futuro: la vitalidad de la *Shia*, hoy manifiesta en Irán y que contiene elementos mesiánicos que se encuentran en la cábala y en el jasidismo de los judíos, por una parte. Y, por la otra, la reformulación ideológica efectuada en el siglo XX por los Hermanos Musulmanes al encarar el laicismo y las arrogancias de los imperialismos occidentales, incluyendo por supuesto a la desaparecida Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas. El tratamiento de dichos temas le habría suministrado al texto actualidad y relevancia, de manera especial en estos tiempos posmodernistas y mediáticos en que la lectura histórica se despliega desde el presente —con sus efervescencias— hacia el pasado constantemente reinterpretado.

En suma, un ejercicio didáctico valioso.

*Joseph Hodara*